

## **BALANCE DE LAS EXPOSICIONES DEL CENTENARIO DE FELIPE II (LISBOA, PRIMAVERA 1998 Y VALLADOLID, INVIERNO 1998-99)**

*Luis Ribot García*

Muchas gracias. Yo quiero comenzar, como ha hecho Benigno Penedás, agradeciendo a los organizadores de esta mesa redonda su invitación y al Departamento de Historia Moderna al que me siento tan vinculado desde hace muchos años por la amistad que me une con sus miembros y por el número de veces que he tenido ocasión de venir aquí, a Barcelona.

Ciertamente el motivo de mi presencia es el haber tenido un cierto protagonismo en determinadas exposiciones. Aquí se alude a dos exposiciones sobre Felipe II; una celebrada en Lisboa dentro del pabellón de España en la Expo del 98 del que fui vicecomisario y también a la de Valladolid del invierno del 98 al 99, exposición de la que fui comisario. En realidad, mi experiencia en el mundo de las exposiciones sería más amplia, puesto que como organizador y como responsable de alguna manera en la sombra, he participado en la organización de ellas. En la Sociedad Pública para la Conmemoración del V Centenario del Tratado de Tordesillas, que actuó en Castilla y León entre los años 92 y 95 tuve ocasión de estar detrás de una serie de exposiciones. De la misma manera que en la Sociedad de Lisboa ejercí este papel como responsable científico de toda la actividad. Sin embargo, la experiencia verdaderamente

importante para mí ha sido la de comisario de la exposición sobre Felipe II “Las tierras y los hombres del rey” que tuvo lugar en Valladolid entre octubre de 1998 y enero del 99. Hago esta diferencia porque en los otros casos la responsabilidad recaía específicamente en una persona que llevaba la comisaría. En el caso de la Exposición de Lisboa dentro del pabellón fue Fernando Checa y realmente yo desconocía la diferencia enorme que existe entre uno y otro hecho.

Ciertamente, el ser comisario de una exposición es un privilegio. Mi experiencia me lleva a valorarlo así. Aquí, me voy a limitar a contar una serie de cosas desde mi propia experiencia y hacer algunas reflexiones de manera previa al debate de una mesa redonda. Creo que es un privilegio ser comisario de una exposición y sobre todo un privilegio para un historiador general puesto que los historiadores del arte tienen la enorme ventaja de que por su especificidad a lo largo de su vida actúan de comisarios. Los historiadores del arte actúan de comisarios en diversas ocasiones y algunos con mucha frecuencia pero los historiadores generales no. Aquí estamos dos que hemos tenido ese privilegio, pero ciertamente no es algo frecuente. Verdaderamente, la experiencia es única. Nosotros estamos acostumbrados a movernos entre papeles y documentos en los archivos, en las bibliotecas y en las bibliografías. Cuando se hace una exposición y cuando se es el responsable científico de la selección, del discurso, de la organización, de la petición de las piezas y de la puesta en pie de la exposición, uno accede a una experiencia completamente distinta. Puede articular un determinado discurso histórico a partir de otros elementos, no simplemente ya textos y documentos, sino objetos, objetos que son restos de la época de la que quiere hablar y que algunos de ellos, aparte de su valor histórico, tienen valor artístico que a mi particularmente me emociona. Por ejemplo, contar la batalla de Lepanto a través de textos no es lo mismo que contar la batalla de Lepanto con una armadura de don Juan de Austria traída de la Real Armería del Kunthistorisches Museum de Viena, con un tapiz de Génova de la colección que mandó hacer Juan Andrea Doria después de la batalla de Lepanto y que es una hermosísima colección de siete tapices que se conserva en la colección Doria de Génova, o con el estoque pontificio de don Juan de Austria que le fue concedido por el papa como premio, como distinción después del triunfo de Lepanto. Cito estas tres piezas que no eran las únicas para mostrar esta emoción que puede producir el contar algo a partir de unos objetos de

enorme valor que forman parte de eso que se está contando y que ciertamente nos lleva por un camino distinto al de los documentos. También, evidentemente, hay documentos en la exposición y hay libros pero este acceso a piezas de singular importancia es lo que quiero resaltar aquí. Yo recuerdo mi entusiasmo cuando lograba una pieza importante. Cuando por ejemplo me desplazé a Viena y, después de una negativa inicial, la directora de la Biblioteca Nacional de Austria accedió a concederme varios de los dibujos de Wyngaerde, que conoce tan bien el profesor Kagan, que no habían estado en España nunca. Algunas de las vistas de ciudades, incluyendo la de Valladolid, no habían estado jamás y desde luego nunca habían estado en Valladolid. Un objeto de tal valor obviamente me produjo una gran alegría, como también el tapiz de la procesión de Nuestra Señora que logramos traer del Musco de Bellas Artes de Bruselas. Este tapiz narra la introducción en Bruselas de una imagen milagrosa de la Virgen y en él aparecen representados todos los miembros de la familia de Carlos V; sus antepasados, el propio Carlos V, sus hermanos y hermanas. En definitiva, un precioso tapiz. Así podría citar otros ejemplos como el grabado de la Biblioteca de Berlín en el que se describe el auto de fe de Valladolid de 1559, o cuando se logra traer un Tiziano, un Greco. Ciertamente contar la historia a partir de estos objetos es algo grande para quien tiene sensibilidad histórica.

Dejando a un lado la intencionalidad de quien promueve y financia las exposiciones, aquí entraríamos en el discurso del dirigismo del que ha hablado sabiamente Benigno Pendás. Ciertamente el hecho de las exposiciones es una realidad de nuestro tiempo. Cada vez son más frecuentes, cada vez hay más. Uno no logra ir a todas las que desearía no sólo porque no tenga dinero para desplazarse a países donde se hacen algunas de ellas sino porque muchas veces ni en Madrid, ni en Barcelona uno tampoco tiene tiempo ante un fenómeno creciente. Algún día ocurrirá algo que nos hará reflexionar, que será que se caiga un avión con alguna pieza importantísima y esto nos llevará por otro camino, pero esta es otra cuestión que dejo para el debate.

Las exposiciones permiten llegar a un público mucho más abundante que el que sigue nuestra producción habitual. No nos engañemos, los libros y artículos que escribimos los leen unas decenas y sería optimista si dijera unos centenares de personas. Desde luego sólo en caso de best-sellers los compran, no ya los leen, porque esto ya es más difícil, un millar

o varios millares. Nuestro trabajo llega a muy poca gente mientras que las exposiciones llegan a múltiples personas. Yo he traído unos datos que podemos contrastar luego, sobre las exposiciones. La de Las Sociedades Ibéricas y el Mar en tiempos de Felipe II, que estuvo desde el 22 de mayo al 26 de julio abierta en la Expo de Lisboa tuvo más de 300.000 visitantes. Es verdad que eran todas las personas que entraban en el pabellón de España y que al pagar su entrada tenían la exposición. Había quien no quería verla porque ya se había cansado de la primera parte pero el cálculo de más de 300.000 habitantes es verdaderamente notable. La exposición de Valladolid se desarrolló durante dos meses y medio, en un período climatológicamente muy malo, porque era el comienzo del invierno.

Recuerdo colas con nieve. Aún así tuvo 80.000 visitantes lo cual en dos meses y medio y en una ciudad como Valladolid es importante y resiste bastante bien la comparación con los que tuvieron las exposiciones sobre Felipe II en el Escorial o el Prado.

Es evidente que, como se indica en el prospecto de la mesa redonda, existe siempre el riesgo de simplificar el mensaje puesto que hay que pensar que la exposición va dirigida a un público muy amplio y diverso. Pero creo que se cumple bien con el objetivo de llegar al público. Se atiende también al público más culto que está buscando algo más en la exposición. Y luego está este elemento de la divulgación. El término divulgación implica obviamente el que nuestro mensaje llegue a millares de personas que no tienen una formación histórica especializada. Este es un término que tiene mala prensa entre los historiadores. Yo recuerdo el caso de un historiador, al que invitamos hace muchos años a dar una conferencia sobre un tema general y se negó porque no perdía el tiempo haciendo generalidades. El problema es que la sociedad nos exige y nos debemos a esa sociedad. Alguien tiene que hacerlo. Nuestro trabajo ha de tener una repercusión social. A mí personalmente el que me lean 12 personas o 28 o 34 me produce cierta satisfacción, pero creo que tenemos que aspirar a algo más, porque nuestro trabajo tiene unos costes y hay que repercutir en esta sociedad. Pensaba yo preparando esta intervención en el investigador, el biólogo que verdaderamente lo leen 4, pero es que su resultado sí que tiene luego una repercusión práctica muy grande. Nosotros, si no atendemos a algo más allá que la investigación pura y dura, evidentemente no vamos a tener esa trascendencia. No podemos limitarnos, creo, a escribir para unos cuantos colegas. Más aún teniendo en cuenta que esa divulga-

ción es una necesidad social no es algo que nosotros deseemos hacer. Es una necesidad que hay que atender y si no lo hace el historiador lo harán otros y desde luego lo harán peor. Máxime teniendo en cuenta que el título de historiador, como todos sabemos, es muy barato. Yo puedo hablar de lo que opino sobre una determinada ley y no me autocalifico de jurista, pero todos estamos hartos de ver el cura de un pueblo que encuentra tres documentos y se titula historiador. Es un título al que todos podemos acceder. Yo he hecho alguna gestión en relación con mis actividades con ocasión de la Expo de Lisboa con autoridades portuguesas y no me doy el título de diplomático y desde luego creo que los diplomáticos me denunciarían si lo hiciera. Pero el título de historiador está a disposición de quien quiera cogerlo y por tanto creo que los profesionales debemos exigir ser nosotros quienes hagamos la divulgación.

Termino. Puede constatarse que existe una demanda social, que el tema de las exposiciones está allí, que el público acude, que acude en masa. Claro, estamos en una época que nos ofrece nuevos medios. Se está sustituyendo, ha dicho alguien, el homo sapiens por el homo videns. Entonces hay que observar, hay que ver las cosas. Es el mundo de la primacía de la imagen y en una época en que además los transportes nos permiten acceder y hacer que viajen los objetos artísticos de un lugar a otro con bastante seguridad a pesar de ese riesgo que antes he dicho. Los medios de seguridad, los sistemas técnicos para los transportes son, verdaderamente, increíbles. Esta es de las cosas más bonitas que he podido observar, los sistemas de embalaje y de protección. Naturalmente estamos avanzando hacia la sociedad en la que el ocio tiene cada vez un mayor papel. Obviamente ese ocio hay que llenarlo con propuestas culturales como decía antes Benigno Pendás. Es bueno, con independencia de dirigismos y otras intenciones, que un número importante de gente acuda a ver cuadros de Velázquez. Obviamente esto nunca podrá entenderse de una forma negativa. Una realidad es la existencia de grandes posibilidades de financiación que se deriva evidentemente de este dirigismo. ¿Pero cuando los historiadores tenemos la oportunidad de contar con cientos de millones para poder hacer algo? Nuestros proyectos de investigación cuentan con cantidades ridículas. ¿Cuándo podemos contar con dinero en grandes cantidades? Ciertamente sólo en estas ocasiones y hemos de saber aplicar nuestra profesionalidad y utilizar estos medios con independencia de ese mensaje que se pretenda dar por parte de los poderes que lo promueven.

Difundir el conocimiento sobre una determinada época, un determinado aspecto y unos determinados personajes con la honestidad y la profesionalidad del historiador. Nada más. Dejemos otras cuestiones para el debate posterior.